

## Capítulo XXVI.

El tributo.

Mientras Boechio estaba ausente, preso Caonabo y separado de su hermano Guacanajari, sólo dos grandes caciques quedaron en la isla: Guarionex y Gayacoa.

El primero, débil de carácter, imploró la piedad de Colon; declaró que si había tomado parte en la contienda había sido obligado por los demás indios, y sometiéndose á su voluntad, le dió completa posesion de su territorio.

Gayacoa compartió con Anacaona el trono, convirtiéndolo en uno sólo los tres Estados de Higüey, Xaragua y Maguana.

No habían llegado hasta ellos los españoles y entre sus escarpadas sierras y espesos bosques se aglome-

raron los indios de toda la isla, que huían amedrentados de sus enemigos ó se evadían de la esclavitud que les imponían.

En posesion el almirante de la Vega Real, quiso continuar su marcha conquistadora por la isla; pero al internarse en las montañas, encontró una tenaz resistencia por parte de los naturales, razon por la cual tuvo necesidad de enviar á Ojeda al frente de los ginetes para que abriera camino.

El valiente capitán aumentaba diariamente el número de las víctimas.

Los que se libertaban del choque de su lanza ó de las cuchilladas de su mandoble, no tenían más remedio que someterse ó aceptar el dogal de la esclavitud.

Gran número de caciques, sin el consentimiento de Gayacoa, su único jefe entonces, pidieron paz á los extranjeros.

Los demás se refugiaron al rededor de una profunda bahía, y en el sitio llamado cabo Tiburon.

Anacaona y su hija se guarecieron también allí.

Una gran parte de la empresa que había llevado á Colon al Nuevo Mundo, estaba realizada.

Aquellas poblaciones inmensas se hallaban dominadas por un puñado de hombres, que habían ido hasta allí en nombre de la civilizacion y enviados por reyes poderosos.

El prestigio moral estaba del lado de los europeos, y resolvió á su favor todas las contiendas con los indios.

Pero una vez sometidos los naturales del país, ne-

sitaba Colon aprovechar este triunfo para amontonar las riquezas que ambicionaba, enviarlas á España, demostrar la importancia de su viaje, y destruir las calumnias que contra él hubieran formulado sus enemigos.

Triste, tristísimo es el papel que estos deseos obligaron á desempeñar al gran marino en aquellos momentos.

Hombre de corazon, dotado de sentimientos generosos, tenia que ver con pena á aquellos numerosos habitantes de una nacion libre é independiente humillada á su voluntad despues de una lucha desastrosa, y convertidos de señores en siervos.

Créese que si sus enemigos, los que habian venido á España, no le hubieran calumniado, no hubieran atentado á su reputacion, hubiera sido para aquellos infelices indios un amigo, un padre.

Pero necesitaba á toda costa amontonar riquezas.

Sus soldados tenian que defender los fuertes que habia establecido ó estaba fabricando, y para recoger el oro y los productos que debia enviar á España, no tenia más remedio que valerse de los mismos indios.

Doloroso era obligarles á fabricar su misma cadena.

Grande era la amargura de Colon al dictar las tiránicas leyes que promulgó en la isla.

Pero se figuraba á sus enemigos acercándose al trono y calumniándole.

Comprendia que las declaraciones de su hermano Diego no bastarian á contrarestar las intrigas de sus

adversarios, y pensaba que la mejor respuesta que debia dar á las acusaciones que fulminasen contra él, era enviar á las costas de España gran número de buques cargados de oro, argumento entónces, como siempre, poderoso, inquebrantable.

Y sofocando los sentimientos generosos, impuso á los naturales del país un tributo ominoso.

Mandó que todos los habitantes de la Vega, y especialmente los que habitaban en las regiones de las minas del Cibao, desde los catorce años en adelante tendrian que pagarle, de tres en tres meses, un tributo en polvo de oro.

Establecióse como medida un cascabel flamenco, que lleno debian entregarle en los plazos marcados; y los indios, que habian visto en aquel juguete un objeto de gran valor, que lo habian codiciado con tanto afan, no tuvieron más remedio que ver en él un continuo padron de su ignominia. ¡Sarcasmo horrible de la suerte!

Los caciques debian entregarle mayor cantidad de oro.

Su tributo consistia en media calabaza llena de aquel metal, cuyo importe ascendia á unos ciento cincuenta pesos.

En los departamentos que carecian de oro, se impuso á los naturales como tributo la entrega cada tres meses de una arroba de algodón hilado.

Pero si parecia en extremo duro á los indios este tributo, más doloroso fué para ellos el sello de ignominia que se puso á su cuello.

En el momento en que pagaban el tributo recibían una especie de medalla de cobre, que debían llevar al cuello como una prueba de que habían pagado.

Los que se hallaban sin ella eran presos y castigados severamente.

Algunos días antes de acabarse el trimestre tenían que entregar á los capitanes de las fortalezas más próximas á los parajes en que habitaban las infamantes medallas, que les eran devueltas cuando hacían efectivo el impuesto.

¡Con qué horror miraban aquellas medallas los indios!

Al llevarlas al cuello, no se atrevían á mirarse unos á otros.

La muerte era preferible á la deshonra que implicaba aquel dogal que oprimía su garganta.

Para que la isla continuase sometida á ellos, levantó las fortificaciones en puntos estratégicos, reforzó la de la Isabela, reparó la de Santo Tomás; en las montañas del Cibao, á muy corta distancia de donde se fundó despues la ciudad de Santiago, estableció la de la Magdalena; en la Vega Real, en los límites de los dominios de Guarionex, erigió la de Santa Catalina, y en las orillas de Yagua, en el Cibao, la de la Esperanza.

La más importante de todas era la de la Concepción, y dió su mando á Pedro de Barahona.

Una inmensa consternación se apoderó de todos los indios.

Acostumbrados á la ociosidad, á la pereza, al bien-

estar, el trabajo que les imponían era durísimo.

En varias ocasiones manifestaban á Colon que les sería imposible de todo punto obedecer sus órdenes.

Las fértiles llanuras de algunos de ellos no producían oro, y aunque los ríos arrastraban arena aurífera, carecían de medios para separar el oro de la arena.

Guarionex se acercó á Colon para pedirle que conmutase su impuesto por otro.

—Yo me ofrezco,—le dijo,—á cultivar en una extensión que atraviesa de mar á mar el trigo que necesiteis para proveer á vuestra nación durante el período de diez años (O). Pero no me exijas oro: me es imposible de todo punto dártelo.

No era trigo lo que habían ido á buscar allí los españoles.

Su proposición fué deshechada, y Guarionex no tuvo más remedio que someterse á la voluntad de sus dominadores.

Pero el almirante presenciaba continuamente los sacrificios que tenían que hacer para pagar el tributo, y su generosidad no pudo ménos sobreponerse á su codicia.

Al fin y al cabo rebajó á una mitad el tributo que debía pagarle cada indio.

Pero de todos modos, nada había más triste, más precario, más doloroso que la situación de aquellos infelices.

Un célebre historiador pinta su situación con tan vivos colores, que no hallo frases mejores que las suyas para describirla.

«Una profunda desesperacion, dice, se apoderó de los habitantes del país.

»El trabajo les mortificaba.

»Indolentes por naturaleza, acostumbrados á vivir en la mas completa ociosidad, disfrutando de su templado clima, preferian tal vez la muerte á la servidumbre que les imponian.

»Nada más lamentable que su abatimiento.

»Vivian sin esperanza de recobrar su libertad, aquel precioso bien que hasta entonces habian disfrutado, sin pensar que algun dia podian perderla para siempre.

»Nada les quedaba ya de su pasada existencia.

»Sí, les quedaban los recuerdos, los tristes recuerdos que laceraban á todas horas su corazon, que representándoles el pasado, aumentaban su amargura presente y entristecian más y más su porvenir.

»¡Cuánto echaban de ménos el regalado sueño á la sombra de las palmeras, el embeleso de la siesta junto á los cristalinos arroyos ó las murmuradoras fuentes!

»¡Con qué melancolía recordaban sus danzas, sus juegos y el sonido del tamboril indio, que se habia extinguido para siempre de su alma!

»En vez de reposar y de gozar, tenian que pasar el dia en los rios y en los arroyos para recoger el oro que se les habia impuesto como tributo; tenian que cultivar los campos, y las largas veladas las pasaban cerniendo las arenas para encontrar el oro que ocultaban.

»Ni los más expansivos buscaban un consuelo en sus breves horas de descanso, reproduciendo sus danzas ó cantando los arcitos nacionales.

»La contemplacion del pasado les sumergia en un profundo abatimiento.

»La voz se extinguia en su garganta.

»Sus cántaros, convertidos en lágrimas, brotaban de sus ojos.

»Hablaban de la felicidad de sus tiempos pasados, de aquella época dichosa en la que los europeos no habian hecho que se doblase su cuello bajo el yugo de la esclavitud y del trabajo, y hasta los mismos butios recordaban antiguas profecías, en las que anunciaban la llegada de los españoles, cubiertos de invulnerables armaduras, y de la servidumbre en que bajo su dominacion vivirian sujetos los naturales del país.

»Al pronto habian pensado que despues de llevarse el oro se alejarian para siempre.

»Pero al ver que construian casas y fortalezas, al ver que se diseminaban por la ciudad, perdiendo por completo la esperanza, se entregaron á la más dolorosa desesperacion.

»Todos los dias desapareci<sup>en</sup> centenares de indios ó de indias, que llevando en brazos sus hijos, corrian á refugiarse en los dominios de Gayacoa.»

Los soldados de Colon, envalentonados con el triunfo, continuaban aprovechándose brutalmente del temor que infundian á los indígenas para agravar su situacion, satisfaciendo sus infames pasiones.

Ni el mismo Guarionex pudo librarse de esta conducta bárbara.

Su desventura iba á darle un papel importante en una terrible tragedia.

Asistamos á ella.

## Capítulo XXVII.

### La esposa de Guarionex.

Colón habia ofrecido al cacique de la Vega Real que mientras fuese fiel y pagase con puntualidad el tributo que le habia impuesto, seria respetado y viviria tranquilo en sus dominios.

Para asegurarse de su fidelidad y contrarestar cualquiera tentativa que llevase acabo, eligió el fuerte de la Concepcion, situándose de tal manera que en un momento dado podria destruir á todos los vasallos de Guarionex, ó por lo ménos obligarles á desalojar el campo.

Dió el mando de esta fortaleza á Pedro Barahona, soldado veterano, que habia empleado todo su vida en las campañas de los moros.

Guarionex, deseando tener contento al que era